

“Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo... ¿Qué significa esto en concreto?... antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano”. (San Juan Pablo II, Novo Millennio ineunte 43)

La convivencia que estamos realizando, aunque es una experiencia personal, de ningún modo ha de ser individualista: en todo momento está presente toda la CMA en la que vivimos nuestra fe. Porque el seguimiento de Cristo es un seguimiento que se realiza en Iglesia y con la Iglesia. Por voluntad expresa de Jesús es seguimiento que se realiza en ‘comunidad’. Este misterio de comunión ya lo había anunciado Jesús en la Última Cena: "Yo estoy en el Padre, vosotros en mí, y yo en vosotros." (Jn 14,20)

I.- Qué es la Iglesia... y la Congregación.

“La Iglesia (¡y la Congre!) la formamos todos los que, unidos por el Espíritu de Jesucristo, deseamos seguirle, viviendo el estilo de vida que nos ha dejado en el Evangelio”. En ella vivimos nuestra fe, y ella es para nosotros como la Iglesia “en pequeño”.

Y ¿qué nos dice Dios sobre la Iglesia? (e indirectamente sobre la Congregación).

1.- Es el espacio en el que Dios se nos manifiesta:

La Iglesia concreta y limitada que conocemos, es el espacio en el que Dios se nos manifiesta y se nos revela. Y nos da a conocer el sentido de la vida. Esta experiencia que estamos viviendo estos días ha sido posible gracias a la Iglesia. Aquí estamos miembros de esta Iglesia. Esta y no otra es la razón de estar nosotros aquí. Podíamos haber tenido otras razones, pero ésta es la fundamental.

2.- Creer en la Iglesia es aceptarla como medio de salvación:

La Iglesia no es sólo el espacio en el que acontece la visión que tenemos de la vida, de la familia, del mundo, sino también camino y medio que nos conduce a esta visión y a esta experiencia (salvación)

3.- Creer en la Iglesia es aceptarla como sujeto primordial de la fe:

La fe y la experiencia religiosa que vivimos cada uno de nosotros no se agota en nosotros mismos. Mi fe participa y se enriquece de la fe y de la experiencia religiosa de los demás.

Recogiendo una imagen, podemos decir que la fe personal es una llama que se enciende en la hoguera que es la Congre. Esto se ve más palpablemente cuando se vive la fe en el matrimonio, en la familia, en los equipos. La vivencia de unos enriquece la de los otros. Y esto es así porque el Misterio de la Persona de Jesús, del que participamos por esa fe, no se agota en ninguno de nosotros, sino que cada uno participa y expresa unos rasgos concretos.

4.- Creer en la Iglesia es aceptarla como necesaria y relativa:

Necesaria: Sin ella, todo lo que es el mensaje de Jesús, el proyecto de Dios sobre el mundo y la historia no hubiese llegado hasta nosotros y se habría evaporado en la conciencia de la humanidad. Sin ella se hace imposible acceder a la fe. Sólo en ella y por ella nos encontramos con su Palabra, con la Eucaristía, con los sacramentos. Por eso la fe cristiana o es eclesial, o no es fe.

Relativa: Es como el dedo y la persona de Juan el bautista que señala a Jesús. Ella no es aún el Reino de Dios, pero es su anuncio y anticipo imperfecto. Ella no tiene el monopolio de la salvación de Dios, que desborda los ámbitos visibles de la comunidad cristiana, pero es el vehículo de esa salvación. Y este dato de la relatividad de la Iglesia la mantiene en su puesto de ser humilde y servicial.

Jn 21, 1-14

- Contemplar cómo el Señor resucitado nos convoca: Él es el centro de la Congregación, cuya identidad es la Iglesia. Él está en medio de nosotros haciendo eficaces nuestros intentos de reconciliación, de fraternidad y de comunión.

- Comprender que nuestra vocación es de congregantes, sabiendo que el fruto de nuestra actividad está garantizado por su victoria sobre la muerte.

- Sentir en nosotros su presencia alentadora cuando estamos hoy los congregantes reunidos. Teniendo presente que toda nuestra vida debe ser un diálogo ininterrumpido con El. Cada acontecimiento nos trae la pregunta: "*¿me amas?*". Y todo debe ser ocasión para responder: "*Señor, Tú lo sabes todo*".

- Pedir al Señor que como congregación estemos siempre presentes en la vida de los demás, para ser testigos del amor y la misericordia que nos ha dejado.

La manifestación de Jesús en el lago: (1-14)

"Algún tiempo después se apareció" La escena tiene un cierto parecido con la de María Magdalena. Lo que allí se refería a una persona sola, ahora se convierte en acontecimiento comunitario: es el Señor quien se hace presente a la comunidad. Ahí está la comunidad reunida. Está los de la primera hora, aquellos a quienes Jesús llamó desde el primer día y con quienes comenzó su actividad apostólica, y está también los que se unieron más tarde. Y aparece Pedro siendo el vínculo de unión: él es quien los convoca. El trabajo se realiza en la noche, en medio de la oscuridad y dificultades, es un trabajo pesado y sin dar fruto: "aquella noche no pescaron nada" Y en esa situación se hace presente el Señor: "estaba ya amaneciendo cuando Jesús se presentó" Y se manifiesta mediante tres signos:

+ En primer lugar premia la constancia de quienes han permanecido unidos en el mismo trabajo, a pesar de las dificultades: "Estaban junto Simón Pedro y los otros discípulos"

+ En segundo lugar premia la fidelidad en seguir las indicaciones dadas, a pesar de no conseguir nada, aunque no las comprendían mucho, las siguieron fielmente: "Echad las redes a la derecha y encontraréis"

+ En tercer lugar Jesús se hace presente en los signos del pan y el pescado asados, ofreciéndoles así su amistad. "Vamos, almorzad"

Estos tres signos de la presencia de Jesús tienen un gran sentido para nosotros:

- Permanecer en un trabajo, constantes, y unidos.
- Seguir las indicaciones que vienen de la Iglesia, aunque no las lleguemos a comprender.
- Experimentar la presencia de Jesús y su fuerza que procede de la Eucaristía.

+ *Comunidad eucarística*: "Unas brasas, un pez y sobre ellas pan". Esta comunidad ha de estar en el mundo, pero sin ser del mundo. Por eso tendrá que vivir en continuo proceso la acción y la contemplación: doble movimiento que le llevará a estar en el mundo, pero sin ser del mundo, porque tiene una dimensión sobrenatural. "El pescado asado es Cristo doliente, que también es pan bajado del cielo" (San Agustín).